

## El caso es que le dije «sí»

No podía dormir. Así que empecé a rezar. Algo dentro de mí me decía que el Señor estaba esperando una palabra mía. Pero yo sentía muy fuertemente que aquella noche el Señor esperaba algo de mí, así que le dije a todo que sí. Le dije que por mí las cosas sólo debían hacerse según fuera su voluntad; me ofrecí para ayudar en lo que pudiera, sabedora de que lo que yo podía hacer era muy poco, jovencita como era y a punto como estaba de casarme. Y entonces fue cuando ocurrió.

No había hecho más que pronunciar mi último sí cuando la pequeña habitación se llenó de luz. Todavía estaba arrodillada, con mi pobre ropa de noche que había levantado por encima de las rodillas para no gastarla, cuando él se apareció.

Tengo que decir que no me asusté. Bueno, sí me asusté, pero fue como si se tratara de un miedo que no es miedo.

El caso es que allí estaba él. Hermoso y brillante, dulce, lleno de paz. La paz que de él se desprendía era sólo de ese calibre que da Dios; porque me estoy refiriendo, naturalmente, al ángel Gabriel. Cuando empezó a hablar, sí que me asusté un poco, porque lo que dijo me dejó perpleja: Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo, fueron sus primeras palabras. Naturalmente que era para asustarse. ¿Qué quería decir «llena de gracia»? ¿No estábamos todos bajo el efecto del pecado original, como nos enseñaban en la sinagoga? Él se dio cuenta enseguida e intentó tranquilizarme.

El ángel Gabriel supo despejar todas mis dudas. El Espíritu Santo vendrá sobre ti —afirmó— y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Aquello ponía todo en su sitio. Yo seguía manteniendo mi virginidad y mi limpieza de alma y de cuerpo. He aquí la esclava del Señor —le dije—; hágase en mí según tu palabra.

Entonces Gabriel se fue. Me sonrió y se fue. Bueno, también sentí como un beso en mi mano, como un roce de alas de jilguero, suave y dulce. Pero lo mejor fue su sonrisa. Durante todo el tiempo que duró nuestro encuentro, fue como si él hubiera estado nervioso, más aún que yo; era su actitud la de la expectación.

Después he comprendido que no sólo era él, sino la creación entera la que estaba pendiente de mis labios en aquella noche de primavera. Todos esperando a que una insignificancia como yo, una muchacha de quince años que hacía poco que había empezado a ser mujer, le diera permiso al Todopoderoso para inaugurar una nueva creación, una nueva alianza, una historia de amor definitiva y eterna con un pueblo en el que cupieran todos los hombres.

El caso es que le dije sí. Se lo dije al mensajero para que le llevara el recado a su Señor. Las palabras concretas no las pensé demasiado. Fueron las que me salieron del alma en aquel momento.



**Anunciación. Filippo Lippi. Palacio Baberini. Roma (siglo XV)..**

Santiago Martín

El Evangelio secreto de la Virgen María

Planeta- Testimonio